

El viaje de las almas entre el Cielo y la Tierra: Comentarios de Macrobio a “El Sueño de Escipión” (extracto).

Traducción de Charis Boucher cboucher@gmx.es

Macrobius Ambrosius Theodosius fue un autor y gramático latino de finales del siglo IV, considerado uno de los “neoplatónicos cristianos”, de quien se supone que llegó al rango senatorial, pero de cuya vida no hay muchas certezas. Es conocido sobre todo por ser el autor de unos “Comentarios” a “El Sueño de Escipión” de Cicerón (“Commentarii in Somnium Scipionis”), un apéndice de “Sobre la República”.

En esta obra comenta extensamente teorías sobre la mística del alma, la astronomía, los números, la música... ideas del neoplatonismo “que no se conservan de forma directa en ningún otro lugar”.

Traemos aquí unos extractos relativos al viaje de las almas entre el Cielo y la Tierra.

Fin Capítulo XI:

(...) pasamos entonces al segundo sistema de los platónicos sobre el emplazamiento de los infiernos.

Los partidarios de este sistema dividen el mundo en tres órdenes de elementos, de cuatro capas cada uno. Están así ordenados en el orden inferior la Tierra, el Agua, el Aire y el Fuego, que está formado de la parte más sutil del aire que toca a la Luna. En el orden intermedio los cuatro elementos son de una naturaleza más pura, y ordenados de la misma manera: la Luna o la Tierra aérea representa nuestra Tierra; por encima de ella, la esfera de Mercurio ocupa el lugar del agua y viene después Venus o el aire. En el tercer orden los rangos están invertidos y la Tierra ocupa la región más alta, de tal manera que esta Tierra y la del orden inferior son los dos extremos de los tres órdenes: encontramos primero el planeta Marte, que es el fuego, después a Júpiter, o el aire, dominado por Saturno, o el agua, y por fin la esfera de los fijos, o la Tierra, que encierra los Campos Elíseos, reservados a las almas de los justos según las tradiciones de la antigüedad.

El alma que parte de estos lugares para revestirse con un cuerpo, por lo tanto, tiene que atravesar tres órdenes de elementos y experimentar tres muertes para llegar a su destino. Tal es el segundo sentimiento de los platónicos relativo a la muerte del alma exiliada en un cuerpo.

Los partidarios de la tercera opinión dividen, como los de la primera, el mundo en dos partes, pero los límites no son los mismos: hacen de la esfera plana la primera parte, mientras la segunda se compone de siete planetas y de todo lo que está debajo de ellos, incluida la misma Tierra.

Según estos filósofos, cuyo sentimiento es el más probable, las almas libres de todo contagio material viven en el Cielo. Pero las que, desde esta elevada morada (donde están rodeadas de una luz altísima y perpetua) han echado un vistazo abajo hacia los cuerpos y lo que aquí abajo llamamos la vida, y han concebido para ellas un secreto deseo, son arrastradas poco a poco a las regiones inferiores del mundo por el

solo peso de este pensamiento terrestre. Esta caída no es sin embargo súbita, sino gradual. El alma perfectamente incorpórea no se reviste enseguida del tosco lodo del cuerpo, sino insensiblemente, y por alteraciones sucesivas que va probando a medida que se aleja de la sustancia simple y pura en la que vivía, para ir rodeándose de la sustancia de los astros, con que se incrementa. Pues en cada una de las esferas situadas por debajo del cielo de los fijos el alma se reviste de diversas capas de materia etérea que, insensiblemente, forman el vínculo por el que se une al cuerpo terrestre, de manera que prueba tantas degradaciones o muertes como esferas atraviesa.

Capítulo XII. *Quomodo anima ex superiore mundi parte ad inferna haec delabatur.*

He aquí cómo el alma desciende de lo superior a lo inferior del mundo.

La Vía Láctea abraza de tal manera el Zodíaco, en la ruta oblicua que lleva en los cielos, que lo corta en dos puntos: en Cáncer y en Capricornio, que dan su nombre a los dos trópicos. Los físicos llaman a estos dos signos las Puertas del Sol (*solis portas*) porque, en una y otra, los puntos solsticiales limitan el curso de este astro, que vuelve sobre sus pasos en la elíptica, y que no la sobrepasa nunca. Es, dicen, por estas puertas, por las que las almas descienden del Cielo a la Tierra, y remontan de la Tierra hacia el Cielo. Llamamos a una la Puerta de los Hombres y a la otra la Puerta de los Dioses. Por la de los Hombres, o Cáncer, es por donde salen las almas que hacen el camino hacia la Tierra, y por la de los Dioses, o Capricornio, es por la que vuelven las almas hacia la sede de su propia inmortalidad, yendo a situarse entre el número de los Dioses. Y esto es lo que Homero quiso figurar en la descripción del antro de Ítaca.

Por eso Pitágoras piensa que es desde la Vía Láctea de donde parte el descenso hacia el imperio de Plutón, porque las almas, cayendo desde allí, aparecen ya desposeídas de una parte de sus celestes atributos. La leche, dice él, es el primer alimento de los recién nacidos, porque es de la Leche de donde reciben el primer impulso que les empuja hacia los cuerpos terrestres. También el Primer Africano dijo al joven Escipión, hablando de las almas de los felices y mostrándole la Vía Láctea: "Estas almas han salido de este lugar, y es a este lugar a donde vuelven". Así, las que deben descender, por cuanto que están en Cáncer no han dejado aún la vía de la leche, y en consecuencia se encuentran aún entre el número de los Dioses, pero cuando han descendido hasta Leo hacen el aprendizaje de su condición futura. Allí comienza el noviciado del nuevo mundo de existencia en el que les someterá la naturaleza humana. Ahora bien, Acuario, diametralmente opuesto a Leo, se acuesta cuando éste se levanta, de ahí vino el uso de sacrificar a los Manes cuando el Sol entra en el primero de estos signos, que es visto como el enemigo de la vida humana.

Así el alma, descendiendo de los límites celestes donde el Zodíaco y la Vía Láctea se tocan, deja enseguida su forma esférica –que es la de la naturaleza divina- para alargarse y acampanarse en cono. Es como el punto que describiendo una línea pierde, prolongándose, su carácter de individualidad: era el emblema de la mónada y llega a ser, por su extensión, el de la díada.

Aquí se encuentra esa esencia a la que Platón, en su "Timeo", da los nombres de indivisible y divisible, cuando habla de la formación del alma del mundo, pues encontramos que las almas, tanto la del mundo como la del hombre, no son susceptibles de división, considerando únicamente la simplicidad de su naturaleza divina. Pero también a veces aparecen como susceptibles de división cuando se extienden y se dividen, una en el cuerpo del mundo, otra en el del hombre.

Mientras el alma es arrastrada hacia el cuerpo, desde el instante en el que se prolonga fuera de su esfera original, comienza a experimentar el desorden que reina en la materia. Esto es lo que insinúa Platón en su "Fedón" al describir el alma, cuando es arrastrada hacia el cuerpo, vacilante en su ebriedad, entendiéndolo por esto ese nuevo brebaje de materia más tosca que le oprime y le pesa. Tenemos un símbolo de esta misteriosa ebriedad en la copa celeste llamada "Copa de Baco", que vemos situada en el cielo entre Cáncer y Leo. Designamos por este emblema el estado de embriaguez que la influencia de la materia, tumultuosamente agitada, causa a las almas que deben descender aquí abajo. Es aquí donde el olvido, compañero de la ebriedad, comienza ya a deslizarse en ellas insensiblemente, pues si ellas llevaran hasta el cuerpo el conocimiento de las cosas divinas que habían adquirido durante su estancia en los cielos, no habría nunca entre los hombres diferencia de opiniones sobre la divinidad. Pero todas, viviendo aquí abajo, beben de la copa del olvido, unas más y otras menos. Deriva de esto que la verdad no llama a todos los espíritus, pero todos tienen una opinión, pues la opinión nace de la falta de memoria.

Sin embargo, cuanto menos ha bebido el hombre más fácil es reconocer lo verdadero, porque se acuerda sin pena de lo que ha sabido anteriormente. Esta facultad del alma recibe entre los latinos el nombre de "lectio" y entre los griegos el de "reminiscencia" (*repetitia cognito*), porque en el momento en que la verdad se nos muestra las cosas se representan ante nuestro entendimiento tal como la veíamos antes de que las influencias de la materia hubieran embriagado a las almas consagradas de nuestros cuerpos.

De este compuesto de materia e Ideas está formado el ser sensible o cuerpo del universo: la parte más elevada y más pura de esta substancia, que alimenta y constituye los seres divinos, es lo que llamamos néctar, el brebaje de los Dioses; la parte inferior, más turbia y grosera, es el brebaje de las almas, y lo que los antiguos designaban con el nombre "río Lethe".

Por *Liberum Patrem* (Baco) los órficos entienden la materia inteligente (*νοουυλιχον*) o la mónada transformada en díada. Sus leyendas sagradas dicen que este Dios, despedazado por los Titanes furiosos, que habían enterrado los rehechos de su cuerpo, renació entero y sano, lo que significa que la inteligencia, prestándose sucesivamente a las dos modificaciones de divisibilidad e indivisibilidad, se vierte por medio de la primera en todos los cuerpos de la naturaleza, y vuelve por medio de la segunda al principio único.

El alma arrastrada por el peso del licor embriagador corre a lo largo del Zodiaco y de la Vía Láctea hasta las esferas inferiores, y en su descenso no sólo coge -como hemos dicho más arriba- un nuevo envoltorio de la materia de los cuerpos luminosos, sino que recibe allí las diferentes facultades que debe ejercer durante su estancia en el cuerpo:

- en Saturno el razonamiento y la inteligencia (o facultades calculadora y contemplativa: λογιστικον et θεωρητικον),
- en Júpiter la fuerza de actuar (o fuerza ejecutiva: πρακτικον),
- en Marte la animosidad fogosa (θυμικον),
- en el Sol las facultades de los sentidos y la opinión -imaginación- (αισθητικον et φανταστικον),
- en Venus el movimiento de los deseos (επιθυμητικον),
- en Mercurio la facultad de expresar e interpretar lo que piensa y siente (ερμηνευτικον),
- en fin, en la esfera de la Luna adquiere la fuerza necesaria para propagar por generación y acrecentar los cuerpos (φυτικον).

Esta esfera lunar, que es la última (y la más baja) en relación a los cuerpos divinos, es la primera para los cuerpos terrestres. El cuerpo lunar es al mismo tiempo como el sedimento de la materia celeste y la más pura substancia de la materia animal.

Veamos la diferencia que hay entre los cuerpos terrestres y los cuerpos celestes (por los que entiendo el cielo, los astros y los demás elementos divinos). Los cuerpos celestes son inducidos hacia arriba, la sede del alma, y hacia la inmortalidad por la naturaleza misma de la región de donde son, y por un deseo imitativo que les llama hacia su altura, mientras que el alma es arrastrada hacia los cuerpos terrestres, y considera morir cuando cae en esta región caduca, sede de la mortalidad .

No debe sorprender que hablemos tan frecuentemente de la muerte del alma, que habíamos dicho inmortal. El alma no es aniquilada ni destruida por esta muerte: no está más que abatida durante un tiempo, y esta opresión momentánea no le priva de las prerrogativas de la inmortalidad, puesto que en cuanto se despegas del cuerpo, después de haber merecido ser purificada de las manchas del vicio que éste le había comunicado, puede ser devuelta nuevamente a la estancia luminosa de su inmortalidad.

Acabamos de determinar claramente, creo, el sentido de la expresión, la vida y la muerte del alma, que el sabio y docto Cicerón ha sacado del santuario de la filosofía.

Capítulo XIII.

Hay para el hombre dos clases de muerte: una tiene lugar cuando el alma deja el cuerpo, y la segunda cuando el alma, estando unida al cuerpo, rehúsa a los placeres de los sentidos y hace abnegación de todos los gozos y sensaciones materiales. Esta segunda muerte debe ser el objeto de nuestros anhelos: no debemos apresurar la primera sino esperar que Dios mismo corte los lazos que atan el alma al cuerpo.

Escipión, que vio el cielo en sueños, recompensa de los elegidos, quiso no ser ya más, para gozar una nueva vida, exaltado por esta recompensa y por la promesa de la inmortalidad, confirmado además en esta esperanza tan brillante y gloriosa a la vista de su padre, de cuya existencia se había informado pero le había parecido dudosa. No paraba de verter lágrimas cuando se dio cuenta de la presencia del autor de sus días. Apenas remitió su emoción le expresó el deseo de no dejarle más, pero sin embargo este deseo estaba subordinado a los consejos que esperaba de él, así la prudencia se unía aquí a la piedad filial.

Vamos a analizar ahora la consulta y las opiniones a las que dio lugar:

“- ¡Oh, el más reverenciado y el mejor de los padres! Puesto que es únicamente aquí donde existimos, como lo aprendí de mi abuelo ¿qué hago ya por más tiempo sobre la Tierra, y por qué no me apresuraré a reencontraros?

-Guárdate – me respondió-. La entrada a estos lugares no se te permitirá hasta que Dios, del que todo lo que percibes es el templo, haya hecho caer las cadenas que te agarrotan, pues los hombres nacen bajo la condición de ser los guardianes fieles del globo que ves en medio de este mismo templo, y que llamamos la Tierra. El alma de los hombres es una emanación de esos fuegos eternos que llamáis constelaciones y estrellas, y que, siendo cuerpos redondeados y esféricos, animados por espíritus divinos, giran en sus revoluciones y recorren sus órbitas con increíble celeridad. Así, Publio, tú, y todos los hombres religiosos, debéis dejar a este alma su envoltura terrestre, y no salir de la vida sin la orden del que os la dio, pues eso sería sustraeros a la tarea que os impuso el mismo Dios.”

(...)